

DOMINIQUE LESTEL

NOSOTROS
SOMOS
LOS OTROS
ANIMALES



NOSOTROS SOMOS
LOS OTROS ANIMALES

TEZONTLE

Traducción de
HORACIO PONS

DOMINIQUE LESTEL

NOSOTROS SOMOS
LOS OTROS ANIMALES



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ECUADOR - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 2019
Primera edición en español, 2022

Lestel, Dominique

Nosotros somos los otros animales / Dominique Lestel. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2022.

121 p. ; 21 x 14 cm. - (Tezontle)

Traducción de: Horacio Pons.
ISBN 978-987-719-332-9

1. Etología. 2. Filosofía de la Naturaleza. 3. Ensayo Filosófico.
I. Pons, Horacio, trad. II. Título.

CDD 179.1

Distribución mundial

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.
Esta obra cuenta con el apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français.

Título original: *Nous sommes les autres animaux*

ISBN de la edición original: 978-2-213-71291-8

© 2019, Fayard

D.R. © 2022, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Imagen de tapa: Juan Balaguer

Diseño de tapa: Juan Balaguer

Diagramación de interior: Silvana Ferraro

Corrección: Lucila Schonfeld y Juan Manuel Bordón

Edición al cuidado de Yanina Gómez Cernadas y Mariana Rey

ISBN: 978-987-719-332-9

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Introducción</i>	13
I. <i>Domesticame un conejo</i>	21
II. <i>La postura vegana: comer y ser comido</i>	31
III. <i>Las plantas y los hongos son animales como los demás</i>	41
IV. <i>¿El antropomorfismo es malo para la inteligencia?</i>	51
V. <i>El Animal singular</i>	61
VI. <i>Pensar el Gran Desastre y el odio a lo viviente</i>	71
VII. <i>El derrame de la animalidad en la robótica</i>	81
VIII. <i>La perspectiva zoofuturista</i>	91
 <i>Conclusión. Pasar de una postura moral y compasiva a una postura ontológica y animista</i>	101
<i>Bibliografía</i>	109
<i>Índice de nombres</i>	119

A mi hermana Anne

Agradecimientos

QUIERO agradecer a mi editora Diane Feyel, cuyos consejos son siempre juiciosos, y a Thomas Vonderscher, cuyas correcciones mejoraron en mucho la calidad del texto. Escribí este libro entre 2018 y 2019, durante una estada en el Center for Advanced Studies in the Behavioral Sciences de la Stanford University, gracias a una beca de investigación otorgada por el Berggruen Institute. Como siempre, disfruté asimismo del beneficio de la ayuda y el aliento de Marc Mézard, el director de la École Normale Supérieure de la *rue* d'Ulm, y de Frédéric Worms, director de la sección de Letras de esa institución.

Introducción

HE DEDICADO los últimos diez minutos a mirar a un pájaro que me mira. La experiencia es siempre un poco extraña. Sus ojos no tienen párpados ni esclerótica. Se siente, empero, la atención con que nos mira. Yo mismo tengo siempre la impresión de que el pájaro se burla de mí. Que hay en él una inagotable reserva de ironía que guarda para destinármela. Trato de imaginarme pájaro que me mira. ¿Qué pensaría de mí si me mirara de ese modo? El pensador taoísta Chuang Tse se pregunta, en un texto a menudo citado, si es un hombre que sueña que es una mariposa o una mariposa que sueña que es un hombre. ¿Cuál es la respuesta correcta? La verdad es que nos da igual. Lo importante es que un pensador chino de primer orden haya comprendido que los animales, las plantas y nosotros solo existimos a través de los sueños de los unos y los otros.

En los años noventa, cuando empecé a interesarme en los animales, pasaba por ser un tanto excéntrico. Hoy, el animal se ha convertido en un tema de sociedad. Nos preocupamos por su bienestar. Nos inquieta su desaparición programada. Nos indignan las violencias que el ser humano perpetra contra él, y no hay semana en que no se publique un nuevo libro apologético del régimen vegano, que excluye toda materia animal de la alimentación y de los productos utilizados, y rei-

vindica una virtud de la que hace tiempo ya nadie se preocupaba, salvo los santurrones y los comunistas. En estos últimos veinte años, algo fundamental ha cambiado en nuestra sociedad. Resta saber qué, y si estamos en el buen camino. El interés inédito prestado al animal, en una cultura que hasta aquí no se conformaba con ignorarlo de manera notoria, sino que lo detestaba francamente, es sin lugar a dudas positivo. Pero la malignidad del mundo es una convicción demasiado arraigada en mí para creer al pie de la letra en un interés tan repentino y en exceso consensual para ser sincero. La búsqueda del Bien siempre es tremendamente peligrosa. Con el tono sarcástico que lo caracterizaba, Philippe Muray se lamentaba de nuestra vulnerabilidad frente al Bien, que se debía al hecho de que solo nos enseñan a luchar contra el Mal. Nuestro amor actual por el animal oculta en particular dos cosas molestas. En primer lugar, un retorno evidente al orden moral. Algunos hablan ya de mandar a la cárcel a quienes no se ajusten a las nuevas reglas de rectitud y sueñan con enviarlos a campos de reeducación para enseñarles, no a pensar bien (al margen de Alain Badiou, no son de todos modos ni estalinistas ni maoístas), sino a comer bien. A continuación, un desconocimiento persistente del animal, aún y siempre. Por lo demás, cuando se reflexiona un poco sobre ella, es bastante extraña esa incapacidad de Occidente para pensar el animal de manera satisfactoria, aun cuando se lo ame o al menos se simule amarlo. El lector habrá comprendido que no creo que el peluche sea el futuro del animal. Como un día me decía con ingenuidad un vegano, ¿por qué comer al animal si se lo puede acariciar? El resultado es una mezcla un poco barroca de neocolonialismo y neomaternalismo en ese deseo subterráneo de ocuparse del animal por su bien y protegerlo contra las fuerzas malvadas que proliferan a su alrededor. ¿La Madre Abusiva y el Padre

Azotador* estarían dispuestos a hibridarse en torno de la figura del animal-víctima? Pero en el reino del animal (y del vegetal y del hongo) hay algo más que una forma particular de moral y benevolencia levemente forzada, y centrarse en estas es otra manera de evitar hacerse, en toda su inquietante extrañeza, la pregunta esencial: ¿qué es un animal, cómo podemos darle el lugar que merece en nuestras sociedades y qué podemos hacer con él?

Cohabitamos, en una enorme diversidad de maneras, con una multitud de individuos de otras especies. Nos constituimos a la vez como humanos y como personas por medio de esas cercanías, cohabitaciones y fricciones. Algunos de esos intercambios son extremadamente positivos; otros son definitivamente tóxicos. Los que mencionamos de ordinario no son más que un ejemplo entre muchos otros, para los cuales, a veces, ni siquiera tenemos palabras. Las palabras son muy importantes. Son preciosas aliadas para construir vidas comunes con los “distintos de los humanos”, para utilizar una bella expresión del antropólogo Alfred Irving Hallowell, que prefiero a la de “no humanos”. Esas palabras no son solo amigas, también son insidiosas entidades con las cuales hay que tomar el máximo posible de precauciones. Así, nunca voy a hablar de “interacción” para designar lo que sucede entre los animales y nosotros. La interacción no existe. Su supuesto es que lo que interactúa pre-existe a la interacción. Además, rara vez es interesante, lo cual es ya una buena razón para dejarla de lado. La interacción es el

* Père Fouettard, personaje del folclore navideño francés que acompaña a san Nicolás en su recorrida del 6 de diciembre. Mientras este reparte regalos a los niños buenos, aquel, de rostro sombrío y cabello desgreñado, azota a los desobedientes y los amenaza con meterlos en una bolsa. La traducción más adecuada en castellano sería “el hombre de la bolsa”. Aquí lo traducimos literalmente como Padre Azotador, acompañante adecuado de la Madre Abusiva. [N. del T.]

grado cero de lo viviente. Es un lenguaje de burócrata, militar o psicólogo, que, como todo el mundo sabe, son más o menos lo mismo. Voy a hablar, antes bien, de “cohabitación” o “vida compartida”. En otras palabras, solo existimos en la existencia de los otros seres vivos: los animales, los vegetales, los hongos, los virus, etcétera.

Retomo con ello una intuición fundamental de Paul Shepard (1925-1996), uno de los padres del pensamiento ambientalista estadounidense, un pensador un tanto olvidado a causa de la dificultad de su estilo un poco caótico, de la inventiva de sus ideas, de su desenvoltura absoluta frente a las instituciones y de su mal carácter crónico. Para él, el humano se constituye en la textura de la animalidad. La fuerza y la originalidad de su propuesta radican en que esta no es solo ecológica sino intrínsecamente ontológica. Nosotros somos los otros animales. Pero también las otras plantas, los otros hongos y los otros virus, e incluso los otros ángeles, aunque este es otro problema. La dificultad no reside en que el humano deba cohabitar con los otros, sino en que él es los otros, así como los otros son él. Con la salvedad de una simetría, de todas formas. Cuando los otros hayan desaparecido, el humano ya no existirá. Mientras que si los humanos desaparecieran, los “otros” se sentirían sin duda mejor. Apenas un detalle.

Vale decir que mi interés y mi proximidad con el animal no tienen nada que ver con el amor. El imperativo hoy de moda entre una cantidad creciente de personas, a saber, que se debe “amar” a los animales, siempre me dio que pensar. No “amo” a los animales. Estimo que son indispensables para el humano y la armonía del mundo (entiéndase lo que se entienda por ello) y considero que maltratarlos es una mancha ontológica, por las mismas razones por las cuales me parece insoportable que quemem una obra maestra artística o destruyan estatuas histó-

ricas. La empatía no tiene nada que ver con mi pasión por la animalidad, y además no tengo ninguna empatía con nada..., perdón, con nadie. Tal o cual animal puede parecerme "muy lindo", pero soy consciente de la puerilidad de ese sentimiento.

Con la llegada del siglo *xxi*, las culturas occidentales pasaron del paradigma del animal-máquina al del animal-pelucho. El animal-máquina es el de los cartesianos. Es el animal considerado como una máquina exclusivamente movida por engranajes más o menos complejos. El animal-pelucho es el animal "demasiado lindo" al que podemos acariciar y debemos proteger. Es una quimera que oscila entre el animal-*kitsch* y el animal-víctima. La santurronería del siglo *xix* beato se ha tornado vellosa o emplumada. La explotación animal es intolerable, no solo porque el animal sufre, sino porque toda degradación de un animal es un atentado contra lo viviente.

El espacio animal es de una complejidad intrigante, y el deseo de comprenderlo, una de las formas de deseo más nobles a las que el humano pueda sucumbir. Pensar que algún día agotaremos su examen es de una vanidad insostenible. De manera general, la naturaleza siempre será más vasta que el saber humano que pueda tenerla como objeto. Uno de los descubrimientos científicos notables del siglo *xx* consiste en haber comprendido que al animal solo podrá comprendérselo, aunque sea parcialmente, si se comparte la existencia con él. Antes de los etólogos (los especialistas en comportamientos animales), los cazadores y los criadores habían desarrollado un conocimiento profundo de los animales. Precursores de la zoología como Darwin los frecuentaron con asiduidad. Los sucesores de esos grandes hombres se encerraron en sí mismos. Después de todo, la ciencia era reciente y el verdadero saber estaba en ella: era inútil cargar con el pasado. Pero este vuelve al galope. El tiempo del desprecio terminó por evaporarse.

Ocho capítulos estructuran este libro. El primero se ocupa de la domesticación. De hecho, este fenómeno aparentemente muy clásico se entiende muy mal. ¿Qué significa domesticar a un animal y cuáles son sus desafíos? ¿Hay todavía animales que no estén domesticados de un modo u otro? El capítulo II examina la postura vegana, que rechaza la domesticación y cualquier forma de lo que designa con el término “explotación” del animal. Pero ¿el vegano ama verdaderamente al animal, como dice, o más bien la idea de amarlo? El capítulo III se extiende en la cuestión de las plantas y los hongos para recusar la visión que los veganos tienen de ellos. En efecto, si vegetales y hongos son de una complejidad cercana a la de los animales, ¿se los puede comer sin la mala conciencia que debería acompañar su consumo? El cuarto es el capítulo epistemológico del libro, ya que aborda el problema del antropomorfismo, es decir el hecho de atribuir de manera inoportuna características propias del humano a los comportamientos del animal. El capítulo V se refiere a lo que llamo el Animal singular, es decir el que no se comporta como debería si se tiene en cuenta la especie a la cual pertenece. Algunos de esos animales, los más intrigantes, son el resultado de asociaciones específicas con humanos. De ahí la cuestión de saber cómo puede pensarse a esos animales que lo son de diferente manera con los humanos. El capítulo VI es más sombrío. En él se aborda la cuestión de la desaparición de las especies y su significación para el humano. Se ha dicho que entrábamos a la “sexta extinción”. El capítulo VII es una continuación lógica del anterior: si los animales naturales desaparecen, ¿no los reemplazarán animales artificiales que se conciben para “complacer” al humano? El capítulo VIII, finalmente, examina el deseo de converger hacia el animal y no solo frecuentar los mismos espacios, y en ese sentido la perspectiva zoofuturista abre un nuevo capítulo de la cohabitación del hombre y el animal.

Yo tenía una hermana menor que quería animales de compañía. El problema es que mis padres se mostraban totalmente alérgicos a la idea de tener animales en un apartamento parisino. Pero la muchachita estaba tan decidida a tenerlos que llegaba a la altura de un genio para persuadir a los padres de ceder a ese deseo. ¿Qué quiere decir el hecho de que tener tantas ganas de compartir nuestra vida con animales nos lleve a adquirir una inteligencia superior? A fin de cuentas, el humano se vuelve verdaderamente humano con el animal. De eso quiero hablar aquí.

Nosotros somos los otros animales, de Dominique Lestel,
se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2022
en los Talleres Gráficos Elías Porter, Plaza 1202,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
La tirada fue de 4.500 ejemplares.

Desde comienzos del siglo XXI, nuestra relación con los animales ha cambiado drásticamente. El maltrato animal resulta insoportable y la extinción de millones de especies se considera un desastre. Hemos pasado del paradigma cartesiano animal-máquina, donde todo estaba permitido, al del animal-peluche, donde ya no se tolera nada más que acariciarlo y protegerlo. Sin embargo, pensar en el animal tal como es, y no como fantaseamos sobre él, continúa siendo un desafío.

Dominique Lestel desarrolla una etología filosófica original para analizar qué es un animal, cómo podemos darle el lugar que se merece en nuestras sociedades y de qué modo podemos inventar una vida rica con él. En su indagación, aborda el fenómeno de la domesticación, la cuestión de las plantas y los hongos como seres complejos, el problema del antropomorfismo, la desaparición de las especies, la creación de animales artificiales y examina críticamente la postura vegana. Así, observa que nos vinculamos con múltiples individuos de otras especies y que en esas cercanías, cohabitaciones y fricciones nos constituimos a la vez como humanos y como personas. Solo existimos en la existencia de los otros seres vivos.

Nosotros somos los otros animales enfatiza la necesidad de recuperar la dimensión espiritual de la animalidad y de pasar de una postura moral a otra ontológica y animista. “¿Estamos dispuestos a cambiar de civilización para reconectarnos con la animalidad o hemos decidido, de una vez por todas, que solo queremos conformarnos con una postura compasiva y empática que no le hace ni mal ni bien a nadie (ni siquiera al animal)?”, se pregunta Lestel. El espacio animal es de una complejidad intrigante, y el deseo de comprenderlo, una de las formas de deseo más nobles a las que el ser humano pueda sucumbir.



ISBN 978-987-719-332-9



9 789877 1193329